

TERCERA PARTE.

POR DERECHO DE CONQUISTA.

Este libro es de la Biblioteca del Museo Nacional de México. Se publicó en 1882 por el Comité de Historia de la Ciudad de México. La obra consta de tres volúmenes. El primero es sobre la historia de la Ciudad de México, el segundo sobre la historia de la República Mexicana y el tercero sobre la historia de la América Latina. Los tres volúmenes están escritos en castellano y tienen un total de 1200 páginas. El autor es el historiador mexicano José María Vargas. La obra es una colección de documentos históricos y crónicas de la época colonial y contemporánea de México. El libro es una obra muy completa y detallada sobre la historia de México y su desarrollo político, social y económico.

Todo este dispuesto para el estudio.

A las cuatro y cuarenta y cinco horas del treinta y uno de mayo se publicaron en vís de folio de color azuladas y doradas. Las ediciones de galanteo que contienen el resultado de la reunión descansando a la larga de la encuadre, se impusieron en el año de mil ochocientos veintiún y se interpusieron con los cartones.

En la parte posterior del libro se incluye una lista de los autores y el nombre de algunos de los principales personajes que contribuyeron a la elaboración del mismo. También se menciona la fecha de la impresión y el nombre del editor.

TERCERA PARTE

POR DERECHO DE CONDUCIR

82

que conseguieron la paz en el congreso de
Viena, estableciendo una tregua entre

Napoleón III y el rey de Prusia.

Dos años más tarde se firmó el tratado de
París entre los plenipotenciarios franceses y
los británicos.

Francia pidió que se respetara su neutralidad
y que se estableciera una comisión de
arbitraje para solucionar las diferencias que
se produjeron durante la guerra franco-prusiana.

La guerra franco-prusiana duró dos años.

La guerra franco-prusiana duró dos años.
La guerra franco-prusiana duró dos años.

CAPÍTULO I.

Voilà votre œuvre, madame: lo que quiere decir en buen castellano:
ha quedado usted de todos los diablos.

Si la noticia de los tratados de la Soledad había agitado á la Europa, que veía en ellos la muerte de la Convención de L

ondres; la nueva del rompimiento de relaciones entre los aliados era un verdadero escándalo en el mundo de la diplomacia.

Pintábase con los colores mas sombríos la última conferencia y la actitud de los plenipotenciarios al borrar el pensamiento del pacto intervencionista.

En lo que se convenía generalmente, era en que M. de Saligny no tenía vergüenza; esto lo confesaban tirios y troyanos.

Con las tropas inglesas llegó á la Europa la noticia de que Laurencez caminaba á gran prisa sobre la capital de la república después de la *toma* de Orizava.

Españoles é ingleses denunciaron el atentado, incalificable que envolvía la traición de Saligny.

Los franceses honrados é incapaces de una acción tan depravada.

vada, condenaron tambien la conducta de ese miserable que acaso sin necesidad imprimia una mancha á su bandera.

Napoleon III aprobó todo lo hecho por sus enviados, esto era de esperarse.

Discutióse en el parlamento ingles y en las còrtes españolas la conducta de los plenipotenciarios; estos espusieron que la Francia habia querido dar tormento á la Convencion, volviendo aquella idea *civilizadora*, una conquista en toda regla, comprometiéndose altamente con esa formidable potencia que se llama la Union Americana.

La Inglaterra cedió al oir ese nombre que la trae tan precupada desde fines del siglo XVIII, y con la cual no romperán sean cuales fueren las complicaciones diplomáticas.

La España, por su parte, apoyó al conde de Reus, y ambas naciones dejaron á la Francia la responsabilidad de la conquista de México.

Napoleon declaró que su bandera no necesitaba de alianzas para una empresa tan sencilla, y que no retrocederia un solo paso.

Este Mr. Johnson que tiene ocurrencias muy particulares, contestó con la mayor educación y refinamiento, que para no retroceder, lo mas sencillo era dar media vuelta y seguir siempre de frente á bandera desplegada.

Parece que la Francia no echó el consejo en *saco roto*.

Thiers, Julio Favre y Picard, capitaneaban la oposición en la cámara francesa, haciendo una guerra sin cuartel á la empresa napoleónica en el continente americano.

Los diputados del Sena no trabajaban tanto por la causa mexicana, cuanto por la suya, que era librar á la patria de una vergüenza ante la Europa y el mundo entero.

Mil veces se dijo en la tribuna, que el siglo de las conquistas había pasado, que México no se dejaría arrebatar su independencia, y que los Estados Unidos no tolerarian una monarquía vecina; que la potencia americana tenía los elementos para llevar

adelante la doctrina Monroe, y que la Francia saldría de México, como José Bonaparte de la Coronada Villa.

El ministro Billault, bajaba *sin cartera* á los escaños parlamentarios, pronunciaba un gran discurso (por lo largo), en que acusaba á los opositores de falta de patriotismo, hablaba de la gran *empresa* de S. M., del desarrollo gigante, de su amo Napoleon III, y otras majaderías que pasarian á la historia entre la burla de una época, si no arrastraran una memoria sanguinaria.

La cámara votaba con el ministro, las galerías aplaudían á rabiar, y el tesoro de la Francia agonizaba de *anemia*.

II.

El mes de Junio de 862, SS. MM. imperiales estaban en Fontainebleau.

La corte de Francia era visitada por los magnates más notables de Europa, y el brillo de la gloria militar alumbraba en todo su esplendor el trono de Napoleon III.

La Europa parecía prosternada ante el sólio de aquel hombre lanzado á la cúspide de la grandeza, en uno de esos sombríos arcanos de la humanidad.

Cuando Luis Napoleon lleva su diestra á la empuñadura de su espada, el mundo se pone en guardia.

No estaba corrido aún ese velo, tras el cual la Prusia ocultaba su poder gigante que hoy hace estremecer á la Europa.

De la nube del silencio no se desprendia aun la voz tonante de Bismark, y el hombre de Ham era el árbitro de los destinos.

Yacia el nuevo Baltasar del siglo entregado á la régia ostentación de su grandeza, esperando ver llegar al cuartel de Inválidos las banderas mexicanas, despojos de su ejército en la victoria.

A un lado brillaba la hermosura deslumbradora de Eugenia, esa muger sobre cuya faz no han dejado sus huellas las alas del tiempo, y cuya capacidad decide sobre la voluntad del augusto esposo.

En torno de la emperatriz hay un mundo oscuro y sombrío de súbditos invisibles.

Los jesuitas.

Esa raza tiene su elaboratorio en las tinieblas, sus hilos no se perciben á la vista real, están atados al corazon y al pensamiento.

Esos hilos se tornan en cadenas que van á dar hasta el abismo.

Eugenio está influenciada por ese aliento de sepulcro que puede alguna vez helarle la sangre y paralizar los latidos de su corazon, *perinde ac cadaver.*

Los altos dignatarios de algunas monarquías asistian entre el fausto y el esplendor, al régio banquete en que ostentaba su lujo el señor de las Tullerías.

Napoleón III, que apenas se sonrie, estaba alegre y satisfecho, recibiendo el incienso quemado de continuo en sus altares.

Hablábase de la expedicion de México, eterno sueño de su ambicion.

Dejaba caer algunas frases, que recogidas por los favoritos eran de una alta significacion; esto consiste en que ese hombre piensa mucho antes de aventurar una palabra.

Ya hemos visto que una sola frase fué la declaracion de guerra con el Austria.

Napoleón habla cuando ya tiene la espada desenvainada.

III.

—Mucha es la animacion que hay en la corte, observaba un

diplomático ingles, hablando á un coronel de Estado Mayor d el emperador.

—Siempre que la Francia tiene pendiente algun negocio militar, la ansiedad se revela en todo: tenemos á tres mil leguas á nuestro ejército, que ya á estas horas debe haber ocupado la capital del reino de Moctezuma.

El diplomático se conformó con dar á su cabeza las oscilaciones del péndulo.

—Lo dudais, caballero? preguntó el francés con algun ardor.

—No, coronel, estoy *casi* seguro del éxito de la expedicion.

—La Francia será en América lo que en Europa, los soldados de Montebello agregarán á sus laureles las glorias de la intervencion, ya veis que estamos solos, enteramente solos, sin que nos haya asustado el fin trágico de la convencion de Londres.

—No es á las armas, dijo algo picado el diplomático por la alusion á la Inglaterra, á las que debeis temer, México está impotente; es á las notas americanas, nuestros hijos han salido un tanto altaneros.

—La Francia ha llevado desde el primer imperio sus armas á regiones lejanas, y la patria de Washington tiene sin cuidado á S. M. el emperador.

—No se trata de eso, caballero; sino de las complicaciones que traeria en Europa la guerra con los Estados Unidos.

—La Europa entera, caballero, se aliaría con nosotros.

—En cuanto á la Inglaterra, no volverá á signar otra convencion.

—Nadie puede decir de esta agua no he de beber.

—Pronto veremos claro en este negocio.

—Hoy precisamente debe llegar el *paquete*, con noticias muy importantes de México.

Varióse la conversacion de aquellos individuos, cediendo á la hilaridad que reinaba en aquella sociedad tan distinguida.

IV.

—Estoy desolada, amiga mia, decia una dama de Eugenia á una de sus compañeras, la antesala de la emperatriz se ha vuelto un establecimiento de modistas.

—S. M. da el ejemplo entregándose á labores.

—Que no le corresponden.

—Es que la ociosidad es horrible.

—Bastante ocupa una su tiempo en ataviarse.

—Efectivamente, arrastrar una *cola* tan larga es carga demasiado pesada.

—Y tanto alfiler!

—Vamos, que con solo disponerse para el paseo y el teatro, ya se tiene para rabiar algunas horas.

—Las modas nos quitan el tiempo horriblemente.

—A propósito de teatros, este M. de Girardin es original.

—Dios mio, anoche nos ha hecho agonizar con *El suplicio de una muger*.

—No estuve anoche, por fortuna.

—Has de saber que Dumas hijo corrigió la pieza, y ambos autores se disputan el mérito de la obra.

—Quién comisionó á Dumas para mezclarse en ese negocio!

—La razon es sencilla, cuando se estrenó la comedia, el público se alarmó terriblemente; figúrate que una muger entrega las cartas de su amante al marido.

—Qué horror!

—Es cierto que en Francia hay maridos que entregan al amante las cartas de su muger; pero no es el mismo caso.

—De los palcos comenzaron á escribir esquelas á M. de Girardin, diciéndole que su obra escandalizaba; pero él no se daba por entendido y la representacion seguia, y con ella el escándalo de la sociedad.

—Y no hubo quien silbara?

—No, amiga mia, la composicion era tan buena, que hubiera sido una barbaridad silbarla.

—Y qué pasó al fin?

—Que cayó el telon, y el público guardó un silencio sepulcral; siempre que se pone el dedo en la llaga hay algun grito, allí el grito fué el silencio.

—Supongo que la comedia concluiria en desafio.

—Nada de eso, fué una idea nueva, enteramente inesperada.

—No comprendo.

—El marido condenó al amante á la *ingratitud*.

—Ahora mucho menos.

—Ya hablaremos sobre eso, volvamos á Dumas, que sin permiso del autor corrigió la obra y la puso en escena, entonces el público la aplaudió desesperadamente.

—Yo opino porque la gloria es de Dumas.

—La idea es de Girardin, quien acusa á su forzado colega de haber matado su idea.

—Es gracioso el lance.

—Ya se están escribiendo folletos sobre el asunto.

—Pues que se tome un acto cada uno.

—Si son tres.

—Pues acto y medio. El juicio de Salomon, amiga mia.

—Yo conozco á los literatos, y primero dejarian dividir á un hijo, que partirse la diferencia de un aplauso.

—Este Dumas se escandaliza de *El suplicio de una muger*, y no recuerda su *Dama de las camelias*.

—Yo la he leido seis veces, y no le encuentro nada que sea notable.

—Verdi ha sacado de ella un gran partido; pero allí la armonía ha matado detalles que la novela trae marcadísimos y son el todo de la obra.

—Los escritores son como las mugeres, siempre llenos de rivalidades.

—Sí, amiga mia, les gusta que alguno de su comunión se ponga en ridículo.

—Precisamente como nosotras: sir ir muy lejos, anoche en el teatro llevaba esa condesita que tanto nos molesta con sus pretensiones, un peinado de heno, que parecía barraca de los indios de América; luego que se presentó en el palco, se alzó un rumor en la luneta.

—Misericordia divina, qué abominacion!

—Te aseguro que podía contener el tocado un nido de agujas.

—Algunos creerian que la condesita venia del campo.

—Era un adorno rústico cosechado en los campos de la Siberia; yo no podía contener la risa, la saludé tan cordialmente, que la condesita se alarmó.

—Es mal síntoma quedar satisfecha del adorno de una rival.

—Soy de tu misma opinion.

V.

Un portapliegos entró en el salon, y acercándose respetuosamente al emperador, puso en su mano un parte telegráfico transmitido de un buque correo que llegaba en aquellos momentos del golfo mexicano.

Abrió Napoleon III el pliego.

Descompósito su semblante, sus ojos se fijaron tenazmente en el mensage, sus lábios se contrajeron, su brazo temblaba y la emocion mas siniestra se revelaba en el semblante del emperador.

La concurrencia estaba atenta á cuanto pasaba.

Los síntomas del coraje reprimido, se dejaron ver en el rostro imperial.

Tornó a leer el telegramma, y despues, volviéndose á Eugenia, la dijo con ronco acento:

—Señora, lé aquí vuestra obra!

Y dejó caer el papel en la mesa frente á la emperatriz.

La esposa de Napoleon pasó rápidamente la vista por aquellos renglones, lanzó un grito de sorpresa, y cubriendose el rostro con el pañuelo, comenzó á llorar en silencio.

Levantóse el emperador, y saludando á la concurrencia se internó solo en los salones de Fontainebleau.

A los pocos momentos circuló por todo Paris, en voz baja y en son de duelo, el aciago rumor de que el ejército francés había sufrido un descalabro en los campos de América el 5 de Mayo de 1862.

VI.

Luis Napoleon es un gran político; la herida que llevaba en su orgullo era necesario hacerla sentir á toda la Francia.

Las oficinas telegráficas se pusieron en movimiento y la nación entera recibió simultáneamente el aviso de la derrota.

La oposición y los hombres de criterio, hacían responsable á la política imperial del desastre de Mayo.

El pueblo y la prensa echaron la culpa á la España é Inglaterra, acusándolas de desercion al frente del enemigo.

La España y la Inglaterra, que ya habían vaticinado este suceso, acusaron á su vez á la Francia de imprecision.

La nación francesa se sintió humillada en su orgullo militar; ya no era México aquel pigmeo á quien se le llevaba en cuerpo de patrulla á las mazmorras de la esclavitud: era un gigante á quien era preciso combatir en toda regla.

Las que poco antes se llamaban chusmas indisciplinadas, se estimaron como un ejército; y á aquel modesto ciudadano ven-

cedor el 5 de Mayo, se le condecoraba por la misma Francia con el título de general en jefe del ejército mexicano.

Méjico, como nacion independiente, estaba colocada á esa altura á que la llaman aún sus destinos en el porvenir.

Los clarines de la guerra tocados en Fontainebleau, llamaban al combate á todo un pueblo, su bandera estaba comprometida.

El general Forey fué nombrado comandante en jefe, y cincuenta mil hombres de desembarque se entraron en los vapores de la Francia en pos de la venganza.

El buitre de las Tullerías batia sus alas en la noche de su destino, buscando en su sed de sangre el corazon de la víctima para extinguirla en la saturnal impía de sus rencores, el incendio y el asesinato!

CAPÍTULO II.

Del modo heroico con que desapareció la bandera de Zapadores, en la batalla de Barranca Seca.

I.

Al amanecer del 18 de Mayo de 862, salia de Orizava á la vanguardia de la columna francesa, un pequeño destacamento de voluntarios á las órdenes de un caballero que se presentaba como auxiliar del ejército francés.

La bruma densa de la mañana ocultaba á los viageros que seguian rumbo á las Cumbres de Acultzingo.

—Señor don Fernando, decia Wask, temo mucho que las fuerzas reaccionarias no concurran á la cita y llevemos otra como la de Puebla.

—No temais nada, Zaragoza no puede calcular nuestro movimiento retrógrado, y cree batir solamente á la chusma mexicana.

—Desconfio ya de todo, la desesperación ha invadido mi alma como una tormenta, y á pesar del despecho, estoy trémulo ante la adversidad.

— Sois un fanático, Wask.

— Lo confieso; pero lo grande de nuestra empresa disculpa el estado terrible de mi espíritu.

— Yo juego acaso mas que vos, y no he perdido la serenidad.

— Es que nuestras almas no son del mismo temple.

— Creia que la vuestra era mas terrible; pero os veo anamorado, incapaz de llevar adelante ningun plan, ni----

— Callad, don Fernando, á vos que sois mi cómplice os descubro mi corazon; pero esto no lo sabe ni mi destino; tengo aún sobre el pecho una armadura de hierro donde se embotarán los golpes de la suerte.

— Teneis un defecto, Wask.

— Indicadlo.

— No sabéis esperar.

— Es verdad, tengo á la fortuna por una ala y puede escaparseme en un movimiento; entonces me levantaria el cráneo de un pistoletazo.

— No está mal pensado, dijo don Fernando con una calma imperturbable.

Wask lo vió con asombro, sus palabras penetraban en lo mas hondo de su pecho, aquel acento tenia el timbre de Satanás.

— Sabeis, caballero, dijo el aventurero, que os voy cobrando terror? No sé qué hay en vuestra mirada que me espanta y en vuestro acento que me acobarda.

— Teneis aprensiones verdaderamente raras, amigo mio.

— Es que me impacienta y enoja esa influencia tan marcada que ejerceis en todo mi ser.

— Ignoro de qué provenga, Wask.

— Yo os confieso que desde aquella noche terrible del incendio en que os ví á la luz de las llamas como al demonio de la desesperacion, vuestro semblante se ha fijado en mi mente de una manera siniestra. Yo recuerdo haber visto vuestra melena sacudida por el aire de la noche, flotar como la cabellera de Lucifer, vuestra mirada era torva, tenia el brillo de la hoja de

un puñal, y vuestra mano crispada escarmenaba los cadejos de vuestra barba.... Sí, don Fernando, aquella carcajada espantosa á la vista del fuego y de la muerte, no he cesado de oirla un solo instante.

— Wask, estais demente, habeis hecho de mí un Mefistófeles, vuestra imaginacion exaltada os hace ver un fantasma donde solo existe un hombre.

— Es que yo sé que nosotros tenemos de matarnos alguna vez.

Don Fernando dirigió á su interlocutor una mirada oblícuā.

— Ya lo oís, caballero, os tengo á veces respeto, simpatía; porque vuestro valor y talento me la inspiran; pero va mezclado con una dosis de odio incomprendible que yo rechazo, pero que surge sin querer de los abismos siempre oscuros de mi alma.

Don Fernando puso, bajo su capa, la mano en la culata de su pistola.

— Vamos, Wask, abandonad vuestros pensamientos y tenedme como el mejor de vuestros amigos.

Wask permaneció en silencio; las brisas de la mañana refrescaban su frente calenturienta, y se disipaban las sombras de aquel cerebro donde estallaba la tormenta siempre creciente de la ambicion.

— Creo que os he dicho algo inconveniente, dijo el aventurero, despues de media hora larga de distraccion.

— No recuerdo nada, respondió don Fernando.

— Puede ser, prosiguió Wask, pero estos accesos de histérico me ponen tan nervioso que desatino; os suplico que no hagais aprecio, cuando me enfermo es seguro que vuelvo sobre las personas que me son mas queridas; porque yo os estimo en alto grado.

— Gracias, Wask.

— Decidme que no me guardais rencor alguno, para tranquilizarme.

Don Fernando tendió su mano y Wask la estrechó con fuerza sobre su pecho.

II.

La columna francesa, compuesta de cuatro mil hombres, al mando de Laurencez, se emboscó entre las lomas que rodean un punto llamado *Barranca Seca*; que está situado al descender de las cumbres de Acultzingo y como parte de ellas casi al terminar la sucesión de rocas que forman los primeros escalones de las montañas.

Aquel lugar es un anfiteatro cerrado capaz de contener un gran número de gladiadores.

Barranca Seca debía ser ese día memorable, teatro de una lucha heroica y desesperada.

Los franceses tenían cita en aquel punto con las fuerzas de la reacción, que dispersadas en Atlixco, no habían podido tomar participio en la jornada del 5.

El día avanzaba y el silencio de las Cumbres no era interrumpido por eco alguno de alarma.

Los soldados de Laurencez no daban indicios de vida, permanecían en un silencio grave, sabían que a la menor imprudencia serían descubiertos y acaso batidos por el enemigo.

El día avanzaba y Laurencez envió algunos esploradores, que regresaron diciendo que se oían tiros lejanos y se percibía el sonido de los clarines.

Púsose en acecho el ejército francés, dentro de breves instantes iba a empeñarse una batalla.

Zaragoza emprendió su reconocimiento sobre el ejército en retirada, y sus caballerías estaban siempre a la vista del enemigo, que llegó a Orizava, de donde se desprendió para auxiliar a la turba reaccionaria.

A las diez de la mañana llegaron a todo escape por el camino de Tehuacán las chusmas intervencionistas a quienes daban alcance las fuerzas republicanas, procurando encerrarlas en la bolsa que forman las lomas de *Barranca Seca*.

Riva Palacio iba a la vanguardia y era el primero que debía resistir el empuje de las fuerzas enemigas.

Encontráronse con la caballería del general Antonio Alvarez. Santiago Tápia con dos cuerpos de infantería y un regimiento de caballería, formando un total de 1.200 hombres, llegó al punto mencionado cuando los reaccionarios buscaban el apoyo de los franceses.

Los generales Tápia y Alvarez cargaron sobre los flancos del enemigo arrollándolo por completo y arrojándolo a la hondnada para hacerlo prisionero.

El ejército mexicano se encontró en el anfiteatro cuando los franceses cerraron violentamente la salida, y cayeron de improviso llenos de rabia vengadora.

Entonces comenzó una zambra a la bayoneta que horribilizaba.

Los cuerpos de San Luis y Zapadores de Morelia hacían prodigios de valor, mientras las caballerías se diezmaban al sable.

Tápia había tenido que aceptar la batalla, y peleaba como un león acorralado y con tal encarnizamiento, que al caer la noche la victoria estaba al decidirse en su favor.

El ejército de Zaragoza hizo un esfuerzo para descender a una pequeña llanura.

Entonces, dice un testigo presencial, de los arbustos del *mal país*, de todas las arrugas de las lomas, del fondo de las laderas y rocas vecinas, salieron los soldados que desde la mañana permanecían ocultos, y un fuego nutrido de fusilería comenzó a causar estragos horrorosos.

Tápia no podía retirarse porque a su retaguardia se alzaba una colina inaccesible; ademas, el combate se empeñaba en todas direcciones y retroceder era confesarse vencido.

III.

Cayó la noche, y una sombra densa como la de la tempestad envolvió el campo de batalla.

Entonces se renovó el combate en las tinieblas.

Las caballerías de la reaccion se mezclaron con las nuestras, y los cazadores de Africa confundiéndolas con las defensoras de la República, las comenzaron á acuchillar, y la matanza se hizo terrible.

Aquella escena se alumbraba por los relámpagos de los cohetes á la congrève.

El fuego parecía languidecer, y era que estando confundidos los combatientes, se libraba la victoria en terribles combates personales.

Los Zapadores se habían agrupado en torno de su bandera cuando vieron caer prisionero al valiente coronel Tuñon Cañedo, á quien un grupo de reaccionarios procuraba arrancar de las manos la espada que aquel jefe llevaba en la defensa del cerro de Guadalupe.

Los Zapadores no dejaran arrebatarse el estandarte glorioso que los había acompañado en la arena del combate y en la revolucion progresista, siempre victorioso.

Aquel estandarte llevaba la condecoracion del 5 de Mayo, era una prenda de venganza en manos de los franceses.

Los soldados caian al golpe de los aceros y ya estaba próximo el momento de perder con la vida aquella enseña de las glorias nacionales.

El abanderado yacia tendido á los pies de la bandera, y franceses y reaccionarios estaban ansiosos de consumar el sacrilegio poniendo sus manos impías en aquel lienzo sagrado.

Marcelino Chavez, zapador de Morelia, tuvo una inspiracion

del cielo, arrebató la bandera y se dirigió con valor á una cajuela de parque donde arrimó el estandarte sagrado.

Quitóse el kepí, victoreó á la independencia é hizo fuego sobre la cajuela.

Incendióse el parque, subió una llamarada gigante que alumbró por un instante el campo de la lucha, y la mas negra oscuridad se sucedió á ese relámpago de la muerte.

Aquella luz alumbró la heroicidad sublime y la abnegacion de un buen hijo de México.

Marcelino Chavez, Trinidad Rosas y Trinidad Juarez, últimos de los Zapadores, no sobrevivieron á su bandera, presa del fuego: quedaron muertos junto á las cenizas del lábaro de la Independencia.

Sus tumbas las cubre la sombra de la patria!

Los combatientes trataban solamente de reconocerse para organizar la batalla, y por instinto, los franceses se cargaban hacia el camino de Orizava, y los mexicanos al de las Cumbres.

Este movimiento casual y simultáneo dió término á la lucha.

Los dos ejércitos retrocedieron á sus campamentos.

Ambos combatientes tuvieron muertos, heridos y prisioneros.

La victoria había quedado indecisa, no había vencidos ni vencedores.

La accion de Barranca Seca no fué otra cosa que el choque de dos locomotoras sobre los mismos rieles.

Dos máquinas que se encuentran impulsadas por el vapor, se destrozan, y cediendo al impulso que las arroja, retroceden sobre la vía.

La batalla fué gloriosa para México, porque como en todos los encuentros, el ejército de Zaragoza había peleado con fuerzas superiores en número, aunque no en heroicidad ni entusiasmo.

no aun à veces nos dirigíbamos y asistimos al combate, oímos los
chirridos de las balañas lo que más impresionó a don

IV.

Esa misma noche y ya al retirarse la destrozada columna
de los franceses, don Fernando se acercó á Wask y poniéndole
la mano sobre el hombro, le dijo:

—Qué os ha parecido la jornada?

—Terrible! contestó el aventurero, estoy impresionado de
una manera profunda.

—Y qué augurais de todo lo que pasa?

—Que estamos en el cráter de un volcán, que con otra victoria
como esta estamos derrotados.

—Os acordais á tiempo de esa frase.

—Y qué remedio poner á una situación tan desesperante?

—Ninguno, Wask, ninguno.

—Entonces, qué hacemos, don Fernando?

—Mientras el ejército mexicano tenga á la cabeza al general
Zaragoza, no hay esperanza; á ese hombre lo sigue de cerca
la fortuna, parece que la lleva encadenada en su acero.

—Creeis acaso en el destino?

—El sol de Mayo no se ha puesto aún para Zaragoza; hasta
su nombre es de fatalismo para nosotros.

—Pero esto es increíble! gritó el aventurero, jamás la bandera
francesa ha retrocedido.

—Retrocede hoy, amigo mío, retrocede, ya lo veis.

—Ira de Dios! esto es demasiado.

—Por lo menos, mas de lo que podíamos calcular.

—Este imbécil de jefe supremo que ignora hasta los caminos!

—No hableis de ese hombre; causa rubor que se le haya colocado
como antagonista al gobierno de Juarez; echad una mirada
á su círculo y comprendereis que esa forma de gobierno
no puede vivir mas.

—Yo desearia que lo eliminasesen, estamos en guerra, y esa
especie de administración es ridícula.

—Sí, es atroz llevar á un gobierno entre los bagajes de un
ejército.

—Estoy desesperado! hemos perdido hoy á muchos de los
gefes.

—Zaragoza ha tenido bajas muy considerables.

—Eso poco nos interesa, tiene á retaguardia á un ejército,
mientras nosotros solo contamos con algunos buques para re-
gresar en medio de la vergüenza á las playas europeas.

—No hay remedio, Wask, Zaragoza es un gran general.

—Pero un solo hombre.

—Uno solo, amigo mío; su nombre es decisivo, Zaragoza es
el ídolo de su ejército, á su voz mueren esos soldados, como los
rusos, besando la estampa de San Nicolas.

Wask se quedó unos instantes meditabundo, despues levantó
el rostro con una radiación del infierno, y dijo á don Fer-
nando:

—Caballero, yo tengo una deuda, y es preciso satisfacerla;
adios!

Y azotando á su caballo árabe desapareció entre el silencio
de las sombras y las rocas de la montaña.

Don Fernando lanzó una carcajada que llegó á los oídos del
aventurero en alas del viento de la noche.

V.

A la mañana siguiente aparecieron en el campo de Barranca
Seca dos secciones de observación, una francesa y otra mexi-
cana.

Ambos generales mandaban ver si su adversario había le-
vantado el campo.

Los republicanos recogieron á sus heridos y enterraron á sus muertos.

Poco despues los franceses hicieron una fosa comun y dieron sepultura á sus soldados, no encontrando ya las armas, que instantáneamente recogieron los guerrilleros.

Los soldados de la reaccion quedaron insepultos, los franceses negaban hasta una tumba á sus aliados.

VI.

En una de las laderas del camino estaba un capitán republicano, bañado en sangre y con una herida que le dividia el rostro.

Acercóse el médico de la ambulancia, que era Felipe Cuevas.

—Demonio! á este hombre yo lo conozco perfectamente.

Separó el cabello, limpió la sangre al herido y dió un grito de desesperacion: aquel hombre era el capitán Pablo Martinez.

Luego que el herido se sintió refrescar con el agua, abrió los ojos y reconoció á Felipe Cuevas.

—Vive! exclamó el médico, y mandó ponerle en la camilla.

—Creo que es bien poco, dijo reconociéndole la herida, se trata nada mas de una cicatriz.

Curó á Pablo Martinez, que por la perdida de la sangre se había desmayado.

Luego que llegaron al hospital, le dió alimento, y el bravo guerrillero pudo ya hablar.

—Malditos cazadores! en un tris me rebanan como una sandía....

—Qué le ha pasado á usted, capitán?

—Nada, he perdido un pedazo de oreja, y conservaré toda mi vida este garabato como un recuerdo de la batalla de *Baranca Seca*.

CAPÍTULO III.

De como se pueden encontrar dos exhalaciones en un punto dado del horizonte.

I.

El caballero Mons había dado hospitalidad á Manuel Mondoñedo, á quien se encontró cerca del campo de los franceses atravesado de una estocada.

El enfermo llevaba muchos dias de alivio; hasta entonces su huésped no se había atrevido á preguntarle nada sobre el lance del 5 de Mayo.

Mondoñedo estaba profundamente triste, algo pasaba por el corazon del estudiante que lo hundia en ese vago sopor de melancolia que lo agotaba.

La imagen de doña Blanca se iba disipando en ese fondo oscuro del horizonte, y comenzaba á desaparecer de la memoria de Mondoñedo.

Ese olvido, precursor de una nueva ilusion, inquietaba al estudiante, porque le tenia miedo al ímpetu del corazon.

El joven no se queria dar cuenta de su situacion, tenia miedo de preguntarse lo que pasaba por su alma.